

Cinco Narraciones Populares

I.—El Origen del Maíz

Antes de que se conociera el maíz en esta región, ya vivían el Huracán y el Viejo Rayo, que fueron los primeros seres que viajaron sobre la tierra. Después de cierto tiempo ellos decidieron traer maíz a esta región y plantarlo, pero como sus otras ocupaciones no les dejaban tiempo para transportar las semillas, fue necesario buscar ayudantes. El Huracán tuvo más éxito al conseguir ayudante porque él buscó al picho (tordo), al pepe (papán), y al zacuán (marinero). El Viejo Rayo tuvo como único ayudante a la paloma, y como resultado de esto el Huracán pudo conseguir más maíz para sembrar. Pero antes de principiar a sembrar los dos tuvieron un encuentro para discutir los mejores métodos a usar en esa empresa.

Después de mucha discusión, el Viejo Rayo dijo que el mejor método era plantar la mitad de los granos cocidos y la otra mitad crudos. El Huracán estuvo de acuerdo y comenzó a plantar su milpa siguiendo el consejo de su malicioso amigo, quien procedió a plantar todo su maíz crudo. Fue así como a los pocos días la milpa del Viejo Rayo fue mucho mejor. Enojado por la pobre muestra de su plantación, el Huracán decidió destruir la milpa de su amigo e inmediatamente ordenó al viento norte desatar su furia sobre ella. En pocos minutos el maíz estaba completamente arrancado.

Cuando vió la destrucción el Viejo Rayo, se quejó, rogando al Huracán restaurar su milpa a su antigua y buena posición. Después de pocos minutos el Huracán ordenó a la lluvia res-

taurar la milpa, y a los pocos días era verde como antes. A los pocos meses las mazorcas asadas estaban listas para comerse. El Viejo Rayo invitó al Huracán para probar el maíz y llegó acompañado de su fiel amigo el mapache. El Viejo Rayo preparó las mazorcas con miel de abeja real, pero a pesar del aroma seductor que despedía, mapache dudaba de probarlo y en igual forma procedió Huracán, por lo tanto fue necesario insistir que mapache fuera el primero en probarlo, cosa que hizo con gran apetito. Desde aquel tiempo el mapache come las mazorcas del maíz antes que su dueño.

(Cuento de los popolucas del sur de Veracruz.
Anotado por el Etnólogo George M. Foster. Traducción de Charles Williams.)

II.—Un Episodio del Maíz

El Huracán quería destruir el maíz y al no poderlo vencer de otro modo, le dijo: Bien, tendremos una competencia, si tú ganas tú puedes vivir aquí; si tú pierdes, debes morir. ¿Y cuál es esa competencia?, preguntó el muchacho (que era el maíz). Es cuestión de ver quien puede arrojar una piedra desde aquí al otro lado del mar, explicó el Huracán. Bien, no sé como tirar, dijo el muchacho, pero antes de hacerlo me gustaría escoger mis propias piedras. El muchacho, que era el maíz, fue a los montes y llamó al pájaro carpintero para decirle: estoy en peligro, si tú no me ayudas el Huracán me matará.

¿Qué quieres de mí?, preguntó el pájaro carpintero. Quiero que vayas al otro lado del mar y comiences a picotear un árbol, de modo que el Huracán crea que es el sonido de mis piedras contra el árbol. El muchacho regresó.

Tardaste mucho, dijo el Huracán, más aún, parece que no trajiste ninguna piedra. El muchacho arrojó la primera piedra y después de un rato oyeron a lo lejos "Tra - tra - trá", que era el sonido hecho por el pájaro. ¿Oíste? preguntó el muchacho, mi piedra llegó al otro lado y con tal fuerza que va rebotando de

un árbol a otro; ahora es tu turno. El Huracán arrojó su roca con toda sus fuerzas pero después de varias horas no se oyó ningún ruido y el Huracán fue declarado vencido.

(Fragmento de un cuento de los popolucas del sur de Veracruz. Anotado por el Etnólogo George M. Foster. Traducción de Charles Williams).

III.-El Tapacamino

En un principio el tapacamino era el ave más bella de todas, tenía un plumaje azul resplandeciente con adornos de muy vivos colores, y cuando extendía las plumas de su larga cola, no había cosa más bella. Pero una vez hubo una gran fiesta que hacía el Señor del Bosque y todas las aves fueron invitadas, señalando como premio las frutas más sabrosas para el ave que llevara el mejor vestido. Volaban y saltaban las aves arreglando sus plumajes en el viento, en el sol, y en los espejos de los arroyos, volaban y cantaban de alegría. Sólo una pobrecita lloraba inconsolable acurrucada en el tronco de un árbol. Las aves compadecidas trataban de animarla y le preguntaban la causa de su tristeza: Es que no podré ir a la fiesta porque no tengo vestido, nací desnuda y mis pies son muy feos. Era tan triste su llanto que el tapacamino, enternecido, se quitó su maravilloso vestido y se lo puso al desnudo pavo-real que se fue a la fiesta muy ufano y haciéndole al tapacamino mil juramentos de gratitud y de volver enseguida para regresarle su traje. El pavo-real triunfó, todos lo admiraron, pero el tapacamino esperó inútilmente temblando de frío; el pavo-real jamás le devolvió su traje. Con su canto triste y apagado, el tapacamino fue por todas las veredas buscando al pavo real sin encontrarlo, porque como se había quedado desnudo sólo podía buscarlo de noche. No lo encontró nunca, pero otras aves compadecidas, a las que iba encontrando, le daban una pluma de las suyas para que fuera haciéndose un nuevo vestido, hasta que lo completó, tan humilde que todavía le da pena salir de día y sigue buscan-

do todas las noches por todos los caminos del monte para ver si encuentra al mal agradecido pavo-real y le devuelve su traje maravilloso.

(Cuento de la zona jarocha Central. Colección del Instituto de Antropología, de la Universidad Veracruzana).

IV.-La Tuza

Había un compadre flojo y uno rico. El flojo siempre le estaba pidiendo maíz al que tenía. Tanto pedía que llegó el momento en que se lo negó. El flojo dijo: Está bien, mi compadre, ya no me quiere dar maíz; pero ahora que tiene su milpa ya crecida voy a robarle. Se metió en la tierra y empezó a escarbar y salió donde estaba una caña buena y se la comió. Y hacía destrozos en la milpa. El otro compadres decía: Qué mi compadre, como no le quise dar maíz ahora anda en mi milpa haciendo destrozos. Le habló y le dijo que se saliera y él no quiso. Vino el cura y le dijo que se saliera; él no quiso y decía que ahí estaba contento y, desde entonces, se volvió tuza y como echó cría hasta ahora es la fecha en que no se acaba.

Recopilador: Roberto Williams García.
Narrador: Nativo totonaco de Landero y Cos, Ver.,
Mpio del mismo nombre, 1951.

V.-El Armadillo

El Señor de los Montes andaba caminando muy preocupado porque unos animales se comían a otros y además porque los hombres también se comían a varios de sus animalitos. Tan preocupado andaba que se le olvidó comer. Sintió hambre y no encontró de momento nada que llevar a la boca. Divisó en una loma los jacales de una rancharía y fue hacia ellos. Como parecía un pordiosero, dijo al dueño de la primera casita: Vengo de un lugar lejano, soy muy pobre y tengo hambre, ¿no tendría usted alguna comida que me regalara? Señor, dijo el dueño de

la casa, también yo soy muy pobre y no tengo nada que darle, pero mi vecino es cazador y podría regalarle algo, yo no tengo tiempo de correr tras los animales y ninguno es fácil de alcanzar.

Más entristecido el Señor de los Montes fue al otro jacal, y en la misma forma pidió que le regalaran algún alimento. No estaba el dueño de la casa, pero su mujer puso en una tortilla pedacitos de carne de todos los animales y se la ofreció. Entonces el Señor de los Montes tomó la tortilla con aquellas carnes, la colocó sobre el suelo de modo que las carnes quedaron dentro y la tortilla envolviéndolas, y dijo: éste será el alimento de los pobres, y así se formó el armadillo, la tortilla es la concha que lo envuelve y por eso tiene carne de todos los sabores.

(Cuento de la región de Santiago Huatusco, Ver. Colección del Instituto de Antropología, de la Universidad Veracruzana).

